

VIII.

Prision, sentencia y ejecucion del duque d'Enghien.—Restablecimiento de las prisiones de Estado bajo el imperio.—Los hermanos Polignac, Ouvrard el marqués de Puyvert.—Cardenales, obispos, abades.—Vincennes defendido por el general Daumesnil.—Los ministros de Cárlos X en el Torreón.—Vincennes amenazado por el pueblo.—Barbés, Raspail, Blanqui, &c.

Miéntras que duró el Directorio, Vincennes no fué mas que una plaza de guerra, mandada por el capitan de armas Latour.

Este mando fué dado bajo el consulado, al comandante Harel; y hasta 1804 nada anunció que el Torreón debia volver á ser prision de Estado.

Pero la muerte trágica del duque d'Enghien, acaecida en el mes de Marzo de ese año, pudo hacer presentir que no estaba léjos la completa restauracion del poder absoluto.

Diráse que el primer cónsul lo abrazaba todo, lo dominaba todo con su genio, no disputamos eso; pero lo que no es disputable, es, que Napoleon, elevado al poder por el pueblo, en odio del despotismo, fué el mas implacable déspota que ha ecsistido, y ante el cual ha inclinado su cerviz el pueblo.

Todo lo debia él á su revolucion y trabajó sin descanso en destruir todas sus conquistas.

Hijo de la libertad, renegó de su madre, y sin cesar, procuró ahogarla bajo la gloria que ella le habia permitido adquirir.

Un solo hecho basta para juzgar de su liberalismo.

Restableció las prisiones de Estado; solo en el Torreón de Vincennes hizo encerrar noventa y dos presos, quienes pasaron allí largos años, sin que nunca se hablase de darles jueces.

Despues de ésto, qué es la muerte del duque d'Enghien que tanto se le ha reprochado?

Mucho se ha escrito sobre las causas de la prision y de la muerte de ese personage; numerosas han sido la revelaciones y las justificaciones, sobre todo de 1820 á 1830; y sin embargo, aún no está enteramente corrido el velo que por mucho tiempo cubrió ese misterioso arresto.

Al ecsaminarlo, se hallan siempre las mas estrañas contradicciones.

En el testamento de Napoleon se lee:

“La muerte del duque d'Enghien debe ser eternamente reprobada á los que arrastrados por un celo criminal, no esperaron las órdenes de su soberano para ejecutar la sentencia de la comision militar.”

Acaso sucedería que la prision y la sentencia del príncipe, hubiesen sido mandadas por Napoleon, y que la ejecucion precipitada fuese el hecho de servidores demasiado celosos?

Hé aquí lo que es imposible decidir, aun despues de ecsaminar detenidamente todo cuanto se ha publicado respecto de esa catástrofe.

Nos contentaremos con referir las escenas de ese drama, dejando al lector la apreciacion de los hechos.

Habiendo sido licenciado el ejército de Condé en 1801, el duque d'Enghien, que entonces tenia veintinueve años, y que habia dado numerosas pruebas de valor y de talento militar, fué á fijarse con el consentimiento, primero del cardenal de Rohan, luego del elector de Bade, en Ettenheim, en Brisgaw, ántes obispado de Strasbourg, donde vivia en intimidad amorosa con la princesa Carlota de Rohan-Rochefort.

Mientras tanto, cinco conspiraciones contra la vida de Napoleon, primer cónsul, ó contra la seguridad del Estado, se descubrieron de 1802 à 1804.

Estas eran las de la màquina infernal; el proyecto de asesinato del primer cónsul en la ópera; las conspiraciones con motivo del concordato, las de Moreau, Pichegru, Georges Cadoudal, &c.

Georges tenia fondos considerables.

Esta circunstancia manifestaba bastante que la empresa tenia un punto de partida muy elevado.

Era evidente que la conspiracion no habia sido formada en provecho de la república.

Naturalmente, á todos los espíritus se presentaba la casa de Borbon.

Se decia al primer cónsul, y el primer cónsul se lo decia á sí mismo, que no era probable que se hubiesen empeñado en tal empresa, sin tener cerca de aquellos lugares un príncipe de la familia, que pudiese arreglarlo todo en cuanto se diera el golpe.

La mala fortuna pareció amontonar entonces una multitud de circunstancias y conjeturas que debian abrumar al duque d'Enghien.

Este estaba en los Estados de Bade, cerca del Rhin.

Los detalles dados respecto de un extranjero misterioso, se aplicaban bastante bien á su persona, y su valor y la resolucion de su carácter le hacian propio para una empresa decisiva y peligrosa.

Se habia dado parte al primer cónsul de la revelacion de los subordinados de Georges, y de las conjeturas que se habian hecho, y en las cuales se fundaban por falta de mas amplios informes.

Bonaparte mandó inmediatamente que se enviara una persona á aquellos lugares, á informarse de lo que habia hecho el duque d'Enghien durante los últimos seis meses.

Un agente partió con toda diligencia, llegó à Strasbourg; allí pudo saber que todas las semanas iba el duque d'Enghien al espectáculo de la ciudad.....

Tambien se decia que habia ido hasta Paris, bajo el gobierno del directorio y cuando Bernadotte era ministro de la guerra.

De esto se concluia que, si se esponia á tan grandes peligros por asistir al espectáculo, no los temeria por sus mas grandes intereses.

El agente, fijo en la idea de la complicidad del príncipe con Georges, se apresuró á redactar su informe y á volver á Paris.

Segun él, el duque d'Enghien llevaba una vida misteriosa, recibia un gran número de emigrados, quienes iban de Offenbourg á reunirse á su casa, se ausentaba frecuentemente ocho, diez, ó doce dias, sin que se pudiese penetrar el secreto de esas ausencias; luego entonces iba à Paris.

Sin embargo, parece demostrado que todas esas congeturas, y todos esos pretendidos hechos eran falsos.

No solo el príncipe no hacia los viages que se le imputaban, sino que ignoraba si existia una conspiracion.

Sea de esto lo que fuere, el 11 de Marzo de 1804, recibió el general Ordener órden de partir de Paris por la posta, para ir lo mas pronto posible, y sin detenerse un instante, à Strasbourg.

El fin de su mision, era caer sobre Ettenheim, cercar la villa y robarse al duque d'Enghien.

Quando el general Ordener llegó à Strasbourg, envió á Ettenhiem á un comandante de gendarmería llamado Charlot y á un aposentador del mismo cuerpo, ambos disfrazados, y con órden de reconocer la habitacion del príncipe, y de saber si este tenia la intencion y la probabilidad de defenderse.

La presencia de esos dos hombres en Ettenhiem hizo nacer sospechas, Schmidt, antiguo oficial del ejército de Condé, recibió el encargo de penetrar astutamente sus proyectos.

Pero Pferdsdorff, el aposentador, que vivia alerta, logró triunfar de Schmidt, quien aseguró que los dos desconocidos no debian inspirar ningun temor.

Mientras esto pasaba, fué enviado á Ettenhiem un oficial superior de la guardia de los cónsules.

A pesar del informe tranquilizador de Schmidt, el duque d'Enghien, que habia pasado cazando todo el dia, advertido sin duda por uno de esos presentimientos que son como enviados de la Providencia, resolvió salir de Ettenheim al dia siguiente.

Esto pasaba el 14 de Marzo.

En la noche del 14 al 15, hácia la una de la mañana, fué cercada de repente la casa que ocupaba el príncipe.

El duque d'Enghien acababa de acostarse, cuando le avisaron que se oía ruido al derredor de su habitacion.

Inmediatamente saltó del lecho en camisa, cogió un fusil, su camarista le presentó otro, y dispuesto á vender cara su vida, salió á la ventana exclamando:

—*Quién va?*

Al oír la respuesta de Carlot, iba à hacer fuego; pero un oficial que se hallaba en la habitacion se lo impidió, diciéndole que toda resistencia era inútil.

El príncipe hizo prometer al baron de Grunstein, que era del número de sus oficiales, que si preguntaban por el duque d'Enghien, él se nombraría, lo cual le dejaria la posibilidad de evadirse.

Entónces se vistió apresuradamente con unos pantalones y con un jubon de caza; pero ántes de que hubiese tenido tiempo de ponerse sus botas, entró pistola en mano y seguido de sus gendarmes, el comandante Charlot, quien preguntó por el duque d'Enghien.

Todos se quedaron mudos.

El baron de Grunstein olvidó su promesa.

El comandante renovó su pregunta, y el duque, rompiendo el silencio, respondió:

—«Si venis à apresarle, debeis traer su filiacion, buscadle.»

Los gendarmes, en la imposibilidad en que estaban de reconocer al duque entre los que le rodeaban, tomaron el partido de llevárselos à todos.

Llevado à la ciudadela de Strasbourg, el príncipe distribuyó allí à sus servidores una parte del dinero que llevaba.

Miéntas tanto, se habia enviado à Paris un informe, respecto de los papeles que se hallaron al duque.

Tres dias despues, el 18 de Marzo por la mañana, entraron los gendarmes en el aposento del ilustre preso, le despertaron y le hicieron vestir apresuradamente. El duque preguntó si se le permitía llevar consigo à José, su ayuda de cámara; se le dijo que no tendria necesidad de sus servicios.

—Pero, à lo ménos,—dijo,—necesito llevar ropa blanca.

—Con dos camisas os basta,—le respondió el oficial.

Hiciéronle subir à un coche cerrado, que caminaba de dia y de noche.

El 20, à las cuatro y media de la tarde, llegaron à las puertas de Paris, por la barrera de Pantin.

Allí estaba un correo con la órden de seguir lo largo de los muros hasta Vincennes.

A las cinco entró el príncipe en esa prision.

Allí, estenuado de hambre y de cansancio, tomó una ligera comida, se echó en una mala cama colocada en el entresuelo, y se durmió profundamente.

A media noche le despertó el ruido de las puertas que abrian.

Entónces le llevaron à una pieza del pabellon, en frente del bosque.

Allí estaban reunidos ocho oficiales superiores.

Interrogaron al preso sobre el hecho de haber llevado las armas contra su patria.

—He sostenido los derechos de mi familia, respondió él con orgullo; y no hay duda que en el estado actual de las cosas, un Condé no podria volver à Francia,

sino con las armas en la mano. Mi nacimiento y mis opiniones, me hacen para siempre enemigo de vuestro gobierno.

Entónces se le advirtió que las comisiones militares juzgaban sin apelacion.

—Lo sé,—dijo,—y no me disimulo el peligro que corro; pero espero que no se me rehusará una entrevista con el primer cónsul.

Esta esperanza fué desvanecida, y despues de un simulacro de debate que duró hora y media, la comision pronunció unánimemente el fallo que declaraba à Luis-Antonio-Enrique de Borbon, duque d'Enghien, culpable:

1.º De haber llevado las armas contra la República Francesa;

2.º De haber ofrecido sus servicios al gobierno ingles, enemigo del pueblo frances;

3.º De haber recibido y acreditado cerca de sí agentes de dicho gobierno ingles, de haberles procurado medios de entablar correspondencias en Francia, y de haber conspirado con ellos contra la seguridad interior y exterior del Estado;

4.º De haberse puesto à la cabeza de una reunion de emigrados franceses y otros, pagados por la Inglaterra, formada en las fronteras de Francia, en los paises de Fribourg y de Bade;

5.º De haber practicado diligencias en la plaza de Strasbourg, con el objeto de hacer sublevar los departamentos circunvecinos para hacer en ellos una diversion favorable à la Inglaterra; y

6.º De ser uno de los fautores de la conspiracion tramada contra la vida del primer cónsul, debiendo entrar en Francia si esa conspiracion tenia buen écsito.

Sobre esto, el presidente hizo la pregunta relativa à la aplicacion de la pena.

Recogidos los votos de nuevo en la forma indicada mas arriba, la comision militar especial condenó por unanimidad, à la pena de muerte, à Luis-Antonio-Enrique de Borbon, duque d'Enghien, en reparacion de los crímenes de espionage, de correspondencia con los enemigos de la república, y de atentado contra la seguridad exterior é interior del Estado.

Apénas fué pronunciada esta sentencia, cuando el general Hullin, presidente de la comision, se puso à escribir una carta en la que, haciéndose intérprete del voto unànime manifestado por la comision, daba parte al primer cónsul del deseo que tenia el duque d'Enghien de tener una entrevista con él, y tambien le conjuraba à conmutar una pena que el rigor de la posicion de la comision militar no le habia permitido eludir.

En ese momento, un hombre que desde el principio de la sesion no habia dejado la sala del consejo, se adelantó hácia el presidente y le preguntó qué hacia.

—Escribo al primer cónsul,—respondió el general Hullin,—para manifestarle el voto del consejo y el deseo del condenado.

—Vuestro negocio ha concluido,—replicó ese hombre, tomando la pluma;—ahora eso me toca à mí.

Quién era ese misterioso personaje?

No se sabe.

Lo que hay de cierto es, que la sentencia que acabamos de referir era nula por el fondo y por la forma.

Resulta del escámen del juicio, que no ha habido testigos presentados contra el acusado; no ha habido cargos; que la comision militar era incompetente, porque el conocimiento de los crímenes de que se acusaba al duque, pertenecía á los tribunales ordinarios.

Ademas, aunque ese proceso dice que la sentencia fué dada en sesion pública, no por eso es ménos cierto que fué pronunciada en la noche, en una prision, en medio de algunos gendarmes carceleros del duque d'Enghien, y por consecuencia, sin público y sin publicidad.

Hacia las cuatro de la mañana se hizo bajar al príncipe por una escalera sombría, húmeda, estrecha, que parecia estar practicada en el interior de las murallas.

Creyó que se le llevaba á un calabozo subterráneo; pero bien pronto le tranquilizó el aire fresco que llegaba hasta él.

Llegaban á los fosos del castillo.

Despues de haber dado algunos pasos, percibió un peloton de infantería, que esperaba con la arma al brazo.

—Ah! gracias al cielo,—esclamó entónces—mi muerte será la de un soldado!

Y volviéndose hácia uno de los gendarmes que lo escoltaban, preguntó si no podría obtener que le asistiese un sacerdote.

—A esta hora están acostados todos los sacerdotes,—respondió el gendarme.—Qué, quieres morir como un capuchino?

El príncipe no respondió mas que con estas palabras:

—*Marchemos!*

Pronto llegaron al Pabellon de la reina, donde mas de doce horas ántes habia sido cavada una sepultura, es decir, ántes de que el duque d'Enghien hubiese llegado á esa prision que debia de ser su tumba.

Hiciéronle colocar á la orilla de la fosa.

Entónces sacó de su bolsillo una trenza de cabellos, una carta y un anillo; y dirigiéndose á los soldados que le rodeaban, preguntó con una voz segura, si entre ellos habia alguno que quisiera encargarse de entregar esos objetos á la princesa de Rohan.

Ya un soldado tendía la mano para manifestar que aceptaba la mision, cuando un oficial exclamó:

—Nadie aquí debe hacer las comisiones de un traidor.

Como la oscuridad era profunda, los ejecutores habian hecho llevar una linterna y muchas velas, para que los soldados pudieran apuntar bien.

Colocado de espaldas á la fosa el duque, un oficial superior ordenó á un ayu-

dante que mandara el fuego: el ayudante obedeció y casi inmediatamente cayó el príncipe herido de muchas balas.

Unos gendarmes se acercaron al cadáver, le levantaron, y vestido como estaba le colocaron en la sepultura, tapándole inmediatamente.

Este acontecimiento causó en toda Europa una sensacion muy viva, porque las cualidades del jóven príncipe eran generalmente apreciadas.

En Francia, muchas gentes, aun entre las que eran francamente adictas al nuevo régimen, miraron esa ejecucion como un asesinato.

Se decia en alta voz que Napoleon habia querido levantar una barrera de sangre entre él y los Borbones.

Otros pretendian que Bonaparte habia sido engañado, y que la muerte del duque d'Enghien era en gran parte obra de los realistas, quienes esperaban que ese asesinato jurídico contribuiria poderosamente á causar la reaccion, que deseaban con todo su ardor y por la que trabajaban con todas sus fuerzas.

Lo que parece cierto es, que en ese acontecimiento hubo mas fatalidad que mal querer, y que el resultado no fué favorable á ningun partido, porque aumentó el número de los enemigos de Napoleon, al mismo tiempo que disminuyó para los Borbones las probabilidades de una restauracion, lo que comprendió perfectamente la reina Carolina de Nápoles, quien exclamó al saber la muerte del príncipe:

—Qué desgracia! Era el único hombre de corazon de la familia.

Entre los escritos destinados á dar alguna luz sobre ese acontecimiento tenebroso, el folleto del conde Hullin, decano de los coroneles de guarnicion en Paris, puede ser considerado como el mas notable y el mas francamente escrito.

Hé aquí unos extractos de él, que entregamos á la sagacidad del lector:

“Cada uno habia ganado sus grados en el campo de batalla; ninguno tenia la menor nocion en materia de juicio, y para colmo de desgracia, el relator y el escribiente no tenian mas esperiencia que nosotros.

“La lectura de las piezas dió lugar á un incidente.

“Notamos que al fin del interrogatorio prestado ante el capitán relator, el príncipe, ántes de firmar, habia trazado con sus propias manos algunas líneas en que manifestaba el deseo de tener una esplicacion con el primer cónsul.

“Un miembro hizo la proposicion de trasmitir al gobierno esa peticion.

“La comision consintió en ello; pero en el mismo instante, el general, que se habia ido á apostar detras de un sillón, nos representó que esa peticion era *oportuna*.

“Por otra parte, no hallamos en la ley ninguna disposicion que nos autorizara á sobreseer.

“La comision pasó adelante.....

“Estábamos ligados por nuestros juramentos al gobierno de entónces.

«Nombrados jueces, tuvimos que ser jueces, so pena de ser reos, reos y juzga-